

# EL MAESTRO Y LAS INSTITUCIONES EDUCATIVAS

Juana María Rodríguez Gómez

*Juana María Rodríguez Gómez es Doctora en Pedagogía. Profesora asociada del Centro Superior de Educación de la Universidad de La Laguna*

## RESUMEN

La relación educativa ha variado a lo largo de los siglos. Desde la cultura griega hasta la sociedad contemporánea, la figura del maestro y las instituciones educativas han sufrido cambios significativos.

Para profundizar en esta evolución educativa hemos dividido este artículo en cuatro momentos: Edad Antigua, Edad Media, Edad Moderna y Edad Contemporánea, como etapas históricas que proponen diferentes estilos de enseñanza y de aprendizaje. Éstas están representadas por pedagogos y educadores ilustres, estudiosos de la interacción maestro-alumno y promotores de instituciones educativas, centradas en el desarrollo del hombre.

## 1. INTRODUCCIÓN

LA educación ha sufrido profundas transformaciones a lo largo de la historia. Los avances sociales y los cambios políticos han incidido en la figura del maestro, modificando sustancialmente su protagonismo.

Desde estos parámetros teóricos, abordamos este artículo a través de cuatro momentos históricos: Edad Antigua, Edad Media, Edad Moderna y Edad Contemporánea, con el objeto de plasmar la evolución del magisterio. Para ello, citaremos a aquellos pedagogos más sobresalientes y representantes de su época, que aportaron nuevas dimensiones a la relación educativa.

## 1. LA RELACIÓN EDUCATIVA EN LA EDAD ANTIGUA

La sistematización de los saberes se remonta en la sociedad occidental a la cultura griega. En ella encontramos los primeros maestros

aunque su equivalencia exacta no corresponde con lo que se entiende comúnmente por «magisterio».

Los griegos llamaron «paidogogos» al sirviente encargado de acompañar a los niños, el cual, unas veces los conducía al lugar de enseñanza y otras veces los instruía por sí mismo. En este contexto histórico, todos los servidores de las familias griegas eran esclavos y como este oficio no necesitaba fuerzas corporales sino paciencia, se destinaban a él los esclavos viejos o tullidos.

Desde esta humilde condición los pedagogos o maestros, sin dejar de pertenecer a la clase servil, tuvieron una gran estimación en Roma. Se conocen nombres de algunos pedagogos ilustres que ejercieron allí su oficio. Por ejemplo, Xilán, que educó a los hijos de Catón el Antiguo, o Estaberio Eros, maestro de Casio y Bruto. Estos docentes llegaron a alcanzar grandes cuotas por su enseñanza, lo que propició el paso del arte de enseñar de los esclavos a los libertos.

Otros pedagogos ilustres fueron Sócrates, Platón, Aristóteles y Quintiliano. Sócrates (-470 a -399) y su método heurístico como medio para despertar la actividad del educando. Según este autor, la pedagogía es una «mayerística espiritual» que trata de ayudar al alumno a alumbrar los tesoros escondidos en las profundidades del espíritu.

Platón (-428 a -347) parte del concepto unitario de sociedad política, donde la educación desempeña un papel fundamental. Para ser gobernante-educador será necesario recibir una esmerada educación desde la infancia. Desarrolló el primer plan de enseñanza, estableciendo los estudios gramaticales y la lírica (poesía y música) para la primera etapa y los de aritmética, geometría y astronomía para la segunda.

Aristóteles (-348 a -322), educador de Alejandro Magno y filósofo sumo de Grecia, planteó su principio educativo, reconocido en Pestalozzi, sobre la enseñanza intuitiva: *nada hay en la inteligencia que no haya entrado por los sentidos*.

La proyección helénica en Roma fue turbulenta. A pesar de que Grecia fue pedagoga de Roma, los romanos durante la República, no salieron del empirismo pedagógico y opusieron resistencia a la influencia griega. En esta cultura, el cuerpo de maestros sufría descrédito y escaso aprecio. A través de la paciencia y la lentitud se enseñaba a leer, escribir y contar. En esta sociedad guerrera, el maestro carecía de reconocimiento y estima, incluso no cobraba salario, pues no tenía derecho a ello. Su función gratuita no le permitía ni tan siquiera protestar.

Sólo cuando la sociedad romana perdió su dureza, los docentes fueron favorecidos públicamente. Quintiliano (h. 30 – h. 96), fue el primer romano considerado profesor oficial. Escribió el primer manual de formación de maestros titulado «Instituciones oratorias», publicado al fi-

nal de su vida. En este contexto histórico, el maestro, sinónimo de sabio, ejerce gran influencia en el educando. Equipara su papel al de un padre que debe cumplir su misión de forma flexible, sin exceder su autoridad ni su actitud pero sin dejarse manipular. Sus aportaciones han servido de soporte socio-educativo. Entre las líneas básicas pueden citarse la adaptación del maestro al alumno, la distribución de actividades, la motivación del alumno, las características psíquicas infantiles, la adaptación escolar, el proceso de aprendizaje y los castigos. Este autor responde a las cuestiones educacionales con rigor y método científico, unificando la educación con las funciones del maestro desde un programa educativo que persigue la perfección humana (Galiano, 1974).

### 3. LA RELACIÓN EDUCATIVA EN LA EDAD MEDIA

El resquebrajamiento del imperio romano, invadido por los bárbaros, marca un nuevo período para la pedagogía. Los Santos Padres heredaron lo más jugoso de la cultura helénica y lo incorporaron al cristianismo. La Escuela de Alejandría se convirtió en una verdadera universidad científica, siendo el maestro el práctico orientado a mejorar el ánimo, no a instruirlo. La pedagogía se convierte en la «buena conductora» de los niños hacia la virtud, a través de una disciplina severa que defiende, si es preciso, los castigos físicos.

Como grandes educadores de esta época citamos a Orígenes de la Escuela de Alejandría, San Gregorio Nancianceno y San Juan Crisóstomo o San Basilio, que en sus dos Reglas preparó los cimientos de la pedagogía monástica.

Las familias acomodadas permitían que la educación de sus hijos la diseñaran los monjes. Al respecto, San Agustín escribió varios tratados didácticos como, por ejemplo, «Modo de catequizar a las personas sencillas», y San Jerónimo delineó algunas ideas novedosas sobre la educación femenina.

Cuando las escuelas grecorromanas perecían por la irrupción de los bárbaros, los monjes tomaron a su cargo la tarea de enseñar y civilizar a los fundadores de las nuevas nacionalidades europeas, desempeñando su labor de una manera tenaz y fructuosa.

En el siglo XII surgieron escuelas que se congregaron formando asociaciones o estudios generales a los que concedieron determinados privilegios tanto papas como reyes, convirtiéndolas en Universidades (París, Bolonia, Salerno). Será en estos estudios donde se forma la Escolástica, cuyos representantes fueron San Anselmo, Vicente de Beauvais, Juan Gersón.

#### 4. LA RELACIÓN EDUCATIVA EN LA EDAD MODERNA

El humanismo del renacimiento no generó elementos nuevos pero animó el interés por los estudios clásicos. En este período histórico destacan excelente pedagogos entre los que citamos a Silvio Piccolomini, Victorino de Feltre, Fray Juan Dominici y los españoles Luis Vives, Antonio de Nebrija, Sánchez de las Brozas, Pedro Simón Abril, Gregorio Mayans y Siscar.

Juan Luis Vives (1492-1540) centra su ideal educativo en el estudio de las humanidades y se revela como un auténtico maestro humanista contemporáneo y amigo de Erasmo y Tomás Moro. No descuida ningún detalle educativo. Maestro de vocación paidocéntrica, moderniza los programas educativos y se interesa por temas tan diversos como el edificio escolar, la marginación, la guerra o los vicios sociales. Su proyección social le tilda de pedagogo social.

La formación de la segunda enseñanza clásica la llevaron los jesuitas. El padre Claudio Acquaviva formó la Ratio Studiorum (1584-1599). Sin embargo, la influencia del jansenismo y de pedagogos como Rabelais, Montaigne, Fenelón, relegaron el uso del latín y defendieron la lengua materna.

En la Reforma, la formación del maestro constituyó un pilar fundamental. Se incrementó el número de escuelas y se expandieron las órdenes religiosas que se dedicaron casi exclusivamente a la enseñanza, con métodos educativos rígidos para el alumno.

A través del Concilio de Trento (1545-1566), la enseñanza Primaria y Superior manifestó un gran impulso. Los padres Escolapios o Piaristas poblaron de colegios para pobres las provincias de Italia y España, lo que permitió su expansión hasta la enseñanza Secundaria.

El humanista Erasmo de Rotterdam (1466-1536) señaló la importancia del cambio personal y defendió la pedagogía racional y cristiana. En sus planteamientos pedagógicos exigió para el maestro una formación completa y un salario consecuente con su trabajo. Todo docente necesita de una preparación específica, teniendo que aprender más de lo que va a enseñar. Asimismo, consideró muy importante la edad de los alumnos y la competencia profesional del profesor.

Comenio (1592-1670), a caballo entre el Renacimiento y la Ilustración, cimenta las bases pedagógicas del Siglo de las Luces. Trató de facilitar métodos y contenidos de enseñanza. Su «Didáctica Magna» se convierte en la primera obra metodológica y didáctica de la modernidad. A este autor, se le atribuye la introducción de la enseñanza Elemental. Según Lorenzo (1980), su propuesta educativa supone una revisión crítica de la historia pedagógica y la inclusión de un programa docente donde el maestro ocupa un papel significativo, equivalente a

un «animador» del trabajo escolar. Frente a la enseñanza tradicional, centrada en el docente que marca el ritmo escolar, dirige, organiza, ordena y prepara todo el saber, se revaloriza la figura del niño, que deja de ser un sujeto pasivo, receptor de la labor del maestro y espectador de su propia educación.

## 5. LA RELACIÓN EDUCATIVA EN LA EDAD CONTEMPORÁNEA

La sistematización de la enseñanza evoluciona en el siglo XVIII. En este período histórico, la educación adquiere un protagonismo especial. La escuela es sinónimo de progreso social y económico, no tanto personal.

En Francia se funda la primera Escuela Normal de Maestros con un solo año de actividad, pero será lo suficiente como para facilitar la creación de la Escuela Normal de Estrasburgo. Sin embargo, en España tendrá un desarrollo más tardío. En 1839, se fundó la Escuela Normal Central en Madrid como centro pionero que, más tarde, se extendería por la geografía nacional. En ellas, se institucionalizó a un tipo de maestro que en la práctica se mostraba conservador de las buenas costumbres y del orden social establecido (Pereyra, 1988).

Desde la práctica, el naturalismo de Rousseau (1712-1778) apostaba por un tipo de docente que tratase a los alumnos de acuerdo con su edad y no desde la consideración de un adulto. Sus ideas, recogidas en el «Emilio» se extendieron por Alemania a través de la escuela filantrópica de Basedow (1724-1790).

Con la influencia de Pestalozzi (1746-1827) tomó impulso la escuela popular, que abogaba por un hombre sensible y bien intencionado pero falto de talento práctico y fijeza de ideas. Este autor se interesó por la enseñanza en sentido amplio y por la formación del magisterio. Gran innovador, apoyado en sus experiencias fundó las primeras Escuelas Normales.

Paralelo a este contexto histórico-educativo, se potenciaron los «jardines de infancia» o escuelas de párvulos desde las aportaciones realizadas por Froebel. Asimismo, se propagó el método de «enseñanza mutua» con gran entusiasmo, patrocinado por muchos gobiernos que veían en él la manera de difundir la instrucción popular con pocos maestros.

Los diferentes autores de este período revalorizaron la formación magistral. El maestro debía de ser una persona instruida, preparada cultural y pedagógicamente. De esta forma proliferaron los Movimientos de Renovación Pedagógica del siglo XIX. Éstos combatieron la enseñanza tradicional donde el maestro es un personaje central afincado en una pedagogía apoyada en el autoritarismo, la memorización y la

competitividad para defender una enseñanza y una nueva actitud que implicase la traslación del eje educativo hacia el respeto por la vida infantil junto a la interacción cordial, afectiva y amistosa entre el profesor y el alumno, ya que ambos cooperan en una tarea común, lo que propiciará un nuevo rumbo escolar (Gutiérrez, 1979).

Por ejemplo, en la reforma pedagógica y metodológica defendida por la Institución Libre de Enseñanza (I.L.E.) para la escuela, se explicitaron los rasgos fundamentales que caracterizan a un profesor en aspectos científicos, pedagógicos y humanos. Así, Giner de los Ríos manifestó:

«Toda sociedad que aspire a tener la función de la educación y la enseñanza de manera que responda a sus fines, necesita asegurar, ante todo a sus maestros, las mayores facilidades, no ya para sostener, sino para elevar constantemente su vida en todas las esferas: intelectual, moral y material» (Giner de los Ríos, 1969, p. 120).

Se apostó por una formación integral donde los maestros deben conocer todo el proceso de aprendizaje, las características evolutivas de los educandos así como la metodología didáctica de las diferentes materias a impartir.

En esta misma línea, Manjón (1846-1923) escribió dos obras específicas consideradas auténticos manuales pedagógicos: «El maestro mirando hacia dentro» y «El maestro mirando hacia fuera», ante la deficiente preparación de los maestros. En ellas, define el conjunto de características que deben reunir los docentes. Para este autor, «el hombre que educa enseñando» debe tener aptitudes pedagógicas o didácticas y aptitudes morales. No es el mejor maestro el que más sabe, sino el que sabiendo lo necesario, tiene el don de saberlo enseñar, esto es, de saberlo ver y entender, pensar y relacionar y, sobre todo, de acrecentar el deseo de aprender, unido al método y hábito de estudiar y discurrir.

Dewey (1859-1965) defendió la doctrina del interés como base de la pedagogía. Es indispensable que la enseñanza se fundamente en intereses reales. Estos no son datos, ni elementos fijos o estáticos, sino que están ligados a la actividad de los alumnos que cambian y evolucionan. El proceso educativo tiene dos aspectos. Uno psicológico, que persigue la exteriorización y despliegue de las potencialidades del individuo y otro social, que prepara para el desempeño de tareas de la sociedad. La escuela debe organizarse como una comunidad en la que están concentrados todos los medios más eficaces para hacer que el niño participe en un proceso educativo entendido como proceso de vida. La vida activa y social del niño constituye el centro alrededor del cual se organizan progresivamente las diversas materias que lo familiarizan con su ambiente, en el tiempo y en el espacio y, aquellas otras que le proporcionan los instrumentos propios para ahondar en la lectura, escritura y cálculo. Las actividades manuales y expresivas repre-

sentan un espacio formativo importante que comprende la cocina, el hilado, el tejido, la carpintería, etc. Dewey se resistió a formular métodos didácticos precisos ya que, para este autor, el verdadero método se identifica con el «método general de investigación». El niño debe adquirir, sin apresuramiento y con toda libertad, sus experiencias o situaciones problemáticas, delimitándolas intelectualmente para realizar observaciones precisas e hipótesis de trabajo. Apostó por una participación activa del maestro en la sociedad, desde una escuela permeable que superase todo aislamiento y defendiese la libertad y la justicia.

La pedagogía científica de Montessori (1870-1952), apoyada en los nuevos conocimientos sobre el hombre y el niño adquiridos en ciencias como la psiquiatría y la psicología, concibió la educación como autoeducación. Creadora del método pedagógico preescolar que lleva su nombre, basado en la libre espontaneidad del niño, pretendió despertar su iniciativa y el libre desarrollo de sus posibilidades. Es importante proporcionar a los educandos un ambiente libre de obstáculos que permita una «educación de los sentidos» como base de todo juicio.

Freire (n. 1921), desde su educación liberadora, pretendió transformar su mundo ayudando al hombre a ser más consciente para optar, decidir y comprometerse. Abogó por un método didáctico que convierta el acto didáctico en algo más que en una actividad instructiva y de preparación mecánica. Para ello, propuso una educación cimentada en la reflexión, la responsabilidad y el compromiso. Frente a la educación bancaria, donde es el maestro quien educa, sabe, encuentra y prescribe, situó la educación liberadora como una apuesta fuerte por el diálogo y la relación recíproca maestro-alumno. El educador no sólo es el que educa sino que es educado a través del diálogo con el educando. Entre ambos se establece una interacción auténtica de pensamiento y acción.

En esta misma línea de pensamiento, Freinet (1896-1966) argumentó que la actividad natural del niño se desenvuelve en el grupo. El alumno tiende a organizar su «primitiva experiencia» en formas cada vez más ricas, que tienden a convertirse en sociales y a integrarse con la de los demás, enriqueciéndose de nuevos significados. Defendió una pedagogía popular que critica el academicismo, tratando de recuperar la alegría del aprendizaje a través de una instrumentación enraizada con lo popular. En este sentido, propuso la correspondencia entre alumnos y la imprenta como técnicas para favorecer la cooperación y la visión positiva del trabajo. Esto conlleva una renovación por parte del maestro y el replanteamiento de su labor docente, ya que supone un trabajo interactivo que rompe con los esquemas autoritarios de la relación maestro-alumno y con posturas individuales. Desde esta filosofía educativa, el niño se convierte en agente de su educación.

Las corrientes libertarias constituyeron otra forma de interpretar la enseñanza. Para los autores que la representaron, la educación se inserta dentro del marco contracultural cuyo lema es «la escuela ha muer-

to». Esto propició una nueva concepción de la relación maestro-alumno, que niega el aparato escolar y la sistematización de los saberes. El auténtico aprendizaje se produce sólo cuando el que aprende desempeña un doble papel, cuando es al mismo tiempo alumno y profesor, oyente y hablante. Estas corrientes revisan y critican el autoritarismo magistral en defensa de la libertad, como esencia del proceso educativo, «educar en libertad y para la libertad». Entre sus representantes señalamos a Illich, Reimer, Neill y Ferrer i Guadía. Estos autores definen un cambio actitudinal tanto del maestro como de las instituciones educativas. Su defensa del aprendizaje espontáneo reaviva la «convivencialidad» que permite la profundización personal, la autonomía y la realización socio-cultural. A la escuela del rigor, de la desconfianza, el orden externo y la falsedad se contraponen la escuela para la autenticidad, la espontaneidad de lo que se vive y la creación de las propias reglas. En el marco de esta filosofía, Neill fundó la Escuela de Summerhill con los siguientes puntos: el fin de la educación y de la vida debe ser trabajar con alegría, la educación debe ser a la vez intelectual y afectiva, la libertad no significa libertinaje, el maestro debe ser absolutamente sincero con el niño y no debe engañarle nunca, el alumno debe hacer frente al mundo como individuo que aprende a encontrar su propia seguridad y libertad personal.

Desde las teorías socialistas, Makarenko (1888-1939) defendió la responsabilidad, la autoridad y la disciplina. Según este autor, para educar hay que exigir, a los alumnos y a los profesores, una sólida disciplina y una actividad intensa de esfuerzo. En su colonia de trabajo de Gorki la disciplina, el sentimiento del deber y el espíritu de equipo adquieren significado. No creyó en la espontaneidad individual ni en la escuela-vivero sino en una sociedad que determina tareas importantes y obliga a realizar esfuerzos tendentes a desarrollar las potencialidades del alumno. Makarenko organizó la escuela Primaria y Secundaria soviética, primando los estudios científicos.

Abocados a una escolarización plena, las instituciones educativas actuales demandan un docente reflexivo en su práctica e imbricado en los problemas socio-culturales del entorno. Esta apuesta constructiva domina los programas de formación de maestros a finales del siglo XX, no como «punto y final» de una historia sino como un eslabón más de una cadena formativa que persigue el desarrollo integral de los alumnos.

## 6. CONCLUSIONES

Desde la cultura griega hasta la sociedad contemporánea, la figura del maestro ha evolucionado. Sin embargo, esta evolución no ha sido

constante sino que ha sufrido fluctuaciones en función de las concepciones socio-políticas y actitudinales de los hombres de cada época.

A través de este artículo hemos pretendido analizar la trayectoria educativa con el objeto de ofrecer un escueto desarrollo diacrónico de la relación educador-educando. La diversidad de corrientes y planteamientos ha derivado en un cúmulo de teorías educativas que adquieren significado en el siglo XIX. Entre los argumentos que explican esta diversidad podemos apuntar el desmembramiento de una pedagogía directiva y exclusivamente teórica, en distintas líneas de actuación centradas en la formación integral del hombre. Esta formación constructiva incorpora nuevas dimensiones a la interacción profesor-alumno desde entornos dialógicos, contextualizados y reflexivos.

## 7. BIBLIOGRAFÍA

- ABBAGNANO, N. y VISALBERGHI, A. (1974): *Historia de la pedagogía*. Fondo de Cultura Económica, México.
- DEWEY, J. (1965): *La educación de hoy*. Losada, Buenos Aires.
- GINER DE LOS RÍOS, F. (1969): *Ensayos*. Alianza, Madrid.
- GALIANO, A. (1974): *Textos pedagógicos*. Narcea, Madrid.
- GUTIÉRREZ ZULUAGA, I. (1970): *Historia de la educación*. Narcea, Madrid.
- LOZANO, C. (1980): *La escolarización*. Montesinos, Barcelona.
- PLATÓN (1967): *La República*. Espasa-Calpe, Buenos Aires.
- PEREIRA, M. (1988): «Hubo una vez maestros ignorantes. Los maestros de primeras letras y el movimiento ilustrado de las academias». *Revista de Educación*, Núm. Extraordinario, MEC, Madrid.